

Bello, el filólogo

Escribe: ADOLFO SALVI

Cien años se han cumplido de la muerte del gran polígrafo venezolano Andrés Bello. Venezuela, en el mayor número de sus instituciones culturales, le ha rendido fervoroso homenaje, y junto con ella numerosos países americanos de raigambre hispana. España no podía faltar en esta cita de acercamiento espiritual, porque el gran caraqueño representa, en el concierto de la sangre y del idioma comunes, figura preclara de inconfundibles relieves y personalidad de extraordinarios rasgos que lo hicieron el más caracterizado defensor de nuestro patrimonio idiomático, lo que viene a representar en la estricta apreciación de su influencia el vínculo de mayores alcances y de perdurable unidad racial.

Variada y vasta fue la personalidad de Bello en el conocimiento de numerosas fuentes del ejercicio intelectual, en las que destacó dentro de lineamientos escasamente comunes. Pero a ninguna de dichas disciplinas se consagró con mayor ahinco y más evidentes resultados que al estudio del idioma, práctica en la cual adquirió tal sagacidad y tan profunda sutileza, que la respetable figura de

Menéndez y Pelayo, de tanta autoridad en la materia, no vaciló en calificarlo como "el salvador de la integridad del castellano en América", tarea que asume desde el mismo momento de arribar a Chile, país donde el idioma sufría de caprichosa prosodia, hecho que lo desconcierta y alarma, instándolo a un trabajo de ajuste encaminado a lógica depuración, que no entrañaba, desde luego, un freno al enriquecimiento del léxico sino la correcta estructuración de las palabras y las frases, lesionadas por una desfiguración que establecieron los vicios, surgida en el habla común de las nuevas colectividades, al quedar influídas en su propia formación por factores de diversa naturaleza.

No privaba en el ánimo de Bello, como su misma confesión diéralo a conocer, el propósito de asentar riguroso purismo carente de la justa flexibilidad que requieren los pueblos recién formados, situados en acelerada expansión y dentro del curso que fija el crecimiento de cualquier organismo. "No abogué jamás por el purismo exagerado", asienta como constancia en alguna de las explicaciones que ofreciera acerca de esta materia,

porque ello habría significado —añade— condenar toda innovación en el campo del idioma. Creía que la multitud de nuevas ideas que enriquecen diariamente el comercio literario requerían del auxilio de vocablos desconocidos, capaces de expresarlas con exactitud. No pretendía, en consecuencia, imponer la inercia en el idioma, estableciendo estatismos contraproducentes que vendrían a representar una especie de anticipo desprendido de la senilidad y de la muerte. Una lengua —afirmaba con indiscutible certidumbre— es como un cuerpo viviente, de tal manera que su vitalidad no consiste en la constante identidad de elementos, pero sí en la regular uniformidad de las funciones que estas ejercen. Regía en su mente este concepto, impuesto por leal correlación, cuando referíase al mantenimiento de la pureza lingüística, puesto que bien podía ensancharse el idioma, mas sin establecer adulteraciones, cuidando de no viciar su medulación y, menos todavía, de “hacer violencia en su genio” (*).

Por la indicada fundamental razón de limpidez idiomática se dirige a los educadores chilenos en documento que cobraría expansión continental, para ofrecer a su conocimiento unas cuantas advertencias orientadas al fin que tanto le preocupaba. Bello escuchaba el habla defectuosa del país austral que le servía de segunda patria, y deducía que en toda la expansión territorial de la América hispanoparlante acontecería el mismo fenómeno de confusión idiomática. Ortografía y prosodia se juntaban para adulterar vocablos tradicionales o para mantener en uso a

muchos otros que habían dejado de existir en el hogar originario. El *haiga* desfigurador del presente de subjuntivo del verbo *haber* le exacerbaba el espíritu de buen gramático y a este hecho se refiere con insistencia para advertir acerca de su incorrección. Lo mismo le acontece con otros vocablos, especialmente con algunos verbos irregulares y con el pronombre *vos*, que recomendaba no usarlo en la conversación “porque si se habla con una persona se debe decir *usted* o *tú*”, deduciéndolo del grado de familiaridad establecido.

En la parla popular chilena observa muchos vicios de pronunciación, que lo determinan a fijar su atención en los relacionados con aquellos verbos en los cuales cambian la terminación *eis*, que le corresponde, por la caprichosa *is*, lo que hacía de *veis* - *vis* y de *comeis* - *comis*. En cuanto al empleo de algunos acentos, usados incorrectamente hasta por respetables autoridades gramaticales, busca orientación en la fuente matriz del latín y así señala que el acento correspondiente a *sincero* lo hace grave y no esdrújulo. Horacio tutela esta opinión en el verso que vamos a citar:

Sincerum cupimus vas incrustare,

que Virgilio ratifica en la lírica expresión rememorada:

*Subsidit sincera foraminibusque
licuatur.*

El análisis se prolonga sobre el estudio de una muchedumbre de palabras defectuosas en su estructura, en el sonido que le da el acento correspondiente y en la forma como se las pronuncia. Verdadera confusión regía en el cas-

(*) Bello: Discurso de instalación de la Universidad de Santiago.

tellano hablado en América y a establecer normas fijas y generales consagra Bello parte preciosa de sus estudios filológicos. Discrepa en muchas circunstancias de Valbuena o Salvá, lo mismo que de Iriarte. Y aun manifiesta su desacuerdo con la academia en no escasas ocasiones.

El idioma para nuestro gran maestro representaba la más firme atadura racial, concepto que lo estimula a confesar que sus trabajos gramaticales estaban dirigidos, especialmente, a las gentes americanas antes que a los españoles peninsulares, porque consideraba con exactitud la importancia de conservar a la lengua su tradicional pureza como medio providencial de comunicación y vínculo de fraternidad entre las varias naciones de igual origen, derramadas sobre nuestro continente.

Como escribimos para una publicación de numerosa audiencia en Colombia, país donde las innovaciones establecidas por Bello encontraron satisfactoria repercusión, juzgamos oportuno referirnos a aquel juicio que acerca de nuestro máximo gramático concibiera don Marco Fidel Suárez, quien lo juzgara "el primero de todos los genios benéficos precursores de mejores días, que bien podía figurar con títulos brillantes y suficientes entre los libertadores continentales, dada su clara condición de fundador de nuestra cultura intelectual y su indeclinable posición de "guardián de las glorias de una raza entera", juicio exacto, sin duda alguna, porque si es verdad que Bolívar, a fuerza de tesón, genio y denuedo logró la independencia política, este otro caraqueño obtuvo, en un campo de

naturaleza distinta, la emancipación del pensamiento y la afirmación de las bases culturales que nos son propias.

Volviendo al supuesto rigorismo idiomático que podía achacársele, Bello trata de dejar aclarada su posición en la forma siguiente: "Pero no es un purismo supersticioso lo que me atrevo a recomendar. El adelantamiento prodigioso de todas las ciencias y las artes, la difusión de la cultura intelectual y las revoluciones políticas piden cada día nuevos signos para expresar ideas nuevas..." Pero, en guardia siempre a favor de la inmanencia lingüística, de la que se declaró vivaz vigilante, muestra su preocupación y establece su invariable posición al asentar que entre los males padecidos por nuestra lengua se destacaba con mayor gravedad la "avenida de neologismos de construcción, que inunda y enturbia mucha parte de lo que se escribe en los nuevos países hispanos", que alterando la estructura de aquella tiende a convertirla en una multitud de "dialectos irregulares, licenciosos, bárbaros, embriones de idiomas futuros, que durante una larga elaboración reproducirían en América lo que fue Europa en el tenebroso período de la corrupción del latín...".

La señalada preocupación del gran lingüista en la defensa del común y vasto patrimonio idiomático fue la razón de mayor valimiento que lo indujo a producir el perdurable y magno monumento de su **Gramática de la lengua castellana**, que en el concepto de límpidos e indiscutibles valores de nuestro léxico representa el más cabal, pormenorizado y profundo

estudio realizado sobre el complejo estatuto del idioma. El nombre de Bello continúa siendo, a pesar del tiempo transcurrido y de notables trabajos producidos posteriormente sobre la materia, la autoridad de mayor categoría en dicho campo, trátase de España o circunscríbase a América.

Asentado en su paciente tarea de investigador, Bello llegó a alcanzar a través de sus insuperables trabajos, el justiciero concepto de dominador del idioma, de infatigable defensor del buen hablar, en cuyo sitio se mantiene, inmovible, como un gigante de bronce sobre pedestal de sólida textura.